





LOS CANTOS  
RODADOS



Carmen Hernández Montalbán

LOS CANTOS  
RODADOS



Primera edición: noviembre de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Carmen Hernández Montalbán

© Ilustrador portada: Stephen Smith

© Fotógrafo: Fernando Ortiz Fernández

ISBN: 978-84-19595-06-5

ISBN digital: 978-84-19595-07-2

Depósito legal: M-27218-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Mis agradecimientos a Jean Claude Martin  
y a Frédéric Llanos,  
pues sin su aparición prodigiosa en mi vida,  
nunca hubiera encontrado la semilla  
que hizo crecer esta historia.*





## PRÓLOGO

Según las estadísticas, para que se produzca un nacimiento se necesita una pareja mujer-hombre, de los que el número de abuelos se multiplica por dos en cada generación. Dicho en términos matemáticos, la cantidad de nuestros ascendentes sigue aumentando con la potencia de dos. Pues, sin consideraciones secundarias, en veinte y seis generaciones —desde, aproximadamente el siglo catorce— el número de ascendentes de una persona de la actualidad, superaría la población europea de entonces. Así, hay quienes infieren que cada uno de nosotros tendría algunas probabilidades de contar a Carlomagno, como ancestro. Más, seguramente, este cálculo simplificado muestra que casi todos estamos emparentados e igualmente descendemos de migrantes. Yo, con seguridad, lo soy de los héroes accitanos de esta novela.

Independientemente de cualquier cálculo, nuestra razón, alimentada por nuestra experiencia vital, nos enseña que la vida de las personas depende y se ve afectada por innumerables acontecimientos, sucediéndose unos a otros en series inextricables. Cada cual puede considerados

como resultando del puro azar, del destino o de una voluntad divina omnipotente.

Cualesquiera que sean nuestras opiniones o creencias, sabemos la importancia que tiene nuestra familia. Por desgracia, de aquella no conocemos, generalmente, mucho más de tres o cuatro generaciones, aunque mucha información está disponible en numerosos y diferentes tipos de archivos. En ellos nos espera una riqueza de información desconocida. Lo saben los archiveros, los historiadores y, recientemente, numerosos aficionados que se dedican a la genealogía.

Fue una suerte, para mí, tener entre estos un primo segundo del lado materno, el doctor Frédéric Llanos. Después de preguntarme sobre mis recuerdos acerca de nuestros abuelos aragoneses ribagorzanos, y sobre los documentos que me quedaban de ellos, yo le hablé de mi antepasado andaluz paterno, de quién mi tía, hermana mayor de mi padre, poseedora de la memoria familiar, me había contado lo que sabía de su migración a Francia. Me había transmitido como preciado legado, un certificado de notoriedad oficial suyo, derivado de un juicio para obtener la identidad, algo ambiguo. Y como si las pruebas que confirmaban de donde venía y cómo había llegado nuestro antepasado, me hubieran sido destinadas; heredé también de mi padre, un antiguo revólver de oficial, gravado con una «N» coronada, característica de los ejércitos napoleónicos. Desafortunadamente, hace poco tiempo, me robaron el certificado junto a otros papeles personales. Sin decirme nada, pocos días después de nuestra

charla, Frédéric me consiguió una copia del documento y se propuso investigar aún más.

Otra gran suerte fue, cuando mi primo, durante su búsqueda, contactó con el Archivo Diocesano de Guadix y su archivera, la tan amabilísima, eficiente y preciosa documentalista Carmen Hernández Montalbán, además conocida y galardonada como escritora y poeta, contribuyó con gran solicitud a enriquecer los primeros hallazgos.

Conmovidada por la historia del pequeño accitano (mi antepasado) y de su bellísima hermana, traídos de Guadix a Béziers, en Francia, a lo largo de un peligroso camino a través de batallas y ríos de sangre, por el amor y el deseo de un militar del ejército de Napoleón, Carmen decidió dedicarles una novela. Novela es, pero, debido al gusto y las competencias como documentalista de su autora, tiene un interés histórico cierto. La contemplo como segunda obra de un conjunto cohesionado, empezado por su precedente obra premiada: *Memorias de la cautiva*. Inscribiéndose en dos períodos dramáticos de la gran historia de España, los dos me parecen confirmar una impronta propia de escritora.

Entre las etapas conocidas y deducidas que enmarcan el relato, ella imaginó la historia que sigue, exaltando valores como el amor, el ánimo, la tenacidad y el deseo de vivir, que uniera a los tres caminantes en una solidaridad y una fraternidad que los fortaleciera para superar las desventuras, los riesgos, los sufrimientos y la miseria, entre los cuales, la muerte también les esperaba. Por su sentido literario y sus sentimientos propios, la ficción,

es decir, la hipótesis, que ella propone, está basada en la suposición razonable de que, sin lazos sentimentales compartidos, el trio no hubiera acabado sobreviviendo a su épica andanza.

Por lo que me pareció saber de cuánto se decía o se embellecía, del boca en boca, mi familia ahora muy francesa, asumía este evento como la trágica y romántica historia del rapto de una bellísima y rebelde Sabina andaluza.

Como investigador que fui, no puedo evitar pensar en la impresionante demostración del Premio Nobel de Física, Richard Feinman, según la cual se puede determinar la trayectoria no observable de partículas elementales, a partir de todas las trayectorias imaginables —¡a veces llamadas «historias»!— que podrían haber «rodado» sin parar una contra otra, al converger (por *spinning* opuestos). ¿En este universo inmenso, no somos nosotros pequeñísimas partículas y nuestras vidas trayectorias en el espacio y el tiempo?

A pesar de que, todavía, sigue siendo impreciso, supuesto o imaginado, la búsqueda de documentación e informes históricos que se hizo, durante los períodos anteriores y concomitantes con la escritura de la presente novela, ha aportado mucho al conocimiento de los Martínez de Guadix, convertidos en Martin de Laurens, que ahora no solo se han establecido en otros lugares de Francia, sino también en América.

Esta corona que la archivista y el genealogista me permitieron depositar, después de dos siglos, como homenaje a la memoria de mis antepasados, habría podido

quedarse en un acto íntimo, reducido únicamente a documentos oficiales.

Pero la novelista quiso dar a conocer a su destinatario esencial: el público de sus obras, tanto un testimonio como una convicción: la barbaridad de la guerra. La sufren tanto los soldados que la hacen, como los pacíficos inocentes que padecen sus efectos. En este infierno, sobre este estiércol regado con sangre, ella muestra cómo puede germinar la flor del amor, la lucha pacífica que alienta a mujeres y hombres a ayudarse mutuamente y a crecer mejorándose.

Quería, también, que el lector encontrara, al final, la alegría de la fiesta, una de las más bellas y efímeras creaciones humanas, enfatizando la paz y la libertad.

JEAN-CLAUDE MARTIN



# CAPÍTULO I

## (LAURENS, 1879)

Ahora, mirando el discurrir del agua del río Libron, me pregunto de dónde vendrán esos guijarros redondos que arrastra la corriente, cuántos cauces habrán recorrido hasta pulir sus ángulos con la fuerza del agua. No puedo menos que recordar el origen, la cantera, aquella ciudad de mi infancia de la que nos desprendió la guerra como un torrente furioso, como a esos guijarros. A pesar de la dureza de aquellos días convulsos, marcados por la contienda, el recuerdo de aquel valle insólito abrigado de cerros de arcilla me hiera. La luz de aquellos días resplandece en mi memoria con la fuerza de la añoranza. Mi corazón está dividido entre Guadix y Laurens, pues también en esta hermosa tierra que me acogió he echado raíces, es aquí donde deseo que descansen mis huesos, donde ha transcurrido mi vida; rodeado de mis hijos, mi esposa y mis nietos. Sin embargo, qué no daría por volver a pisar la tierra que me vio nacer, aun sabiendo que son tantos los ausentes: mis padres, mis abuelos, mi hermano...

Han transcurrido más de trece lustros desde el día en que partimos, mi cuñado, mi hermana y yo, siguiendo al ejército francés en aquella bulliciosa caravana. ¡Pobre hermana mía! ¡Cuántas tristezas turbaron su ánimo! ¡Qué ingrato destino, siempre ensombrecido por la desdicha! Ella ejerció de madre bien temprano, desde que la nuestra perdió el juicio. Paradojas de la vida... pues no pudo hacerlo después, cuando legítimamente le tocaba. Pipa fue una flor trasplantada que nunca logró adaptarse a otro suelo, como aquellas especies exóticas que no consiguen aclimatarse.

Parece que fue ayer cuando, siguiendo los pasos del batallón del 32º Regimiento de Infantería, llegamos a Béziers. Mi cuñado había venido gravemente enfermo a causa de la herida de bayoneta de uno de los soldados de las fuerzas aliadas del duque de Wellington, con quien se había enfrentado en Sorauren. Aunque en el hospital de campaña de Saint Jean de Pied de Port habían logrado contener la hemorragia y cosido la herida, durante el trayecto a Béziers tuvo una recaída y apareció la fiebre, señal inequívoca, según el médico, de infección. La ambulancia volante a la que seguimos, cabalgando desde Carcassonne, se había adelantado cuanto pudo, así que cuando llegamos a la villa, mi hermana Pipa y yo no sabíamos a dónde dirigirnos. Era día de mercado. En la plaza, el bullicio era espantoso; esto hizo que perdiéramos de vista al contingente de infantería que se internó en Béziers. Estábamos agotados y el calor era sofocante. Nos apeamos de la montura, mi hermana sugirió que descansáramos



mos a la sombra de un plátano y nos refrescáramos en la fuente a la que daba sombra. Después, nos acercamos a la tienda de un relojero de la plaza para preguntar por la ubicación del cuartel. Nos atendió un señor de unos sesenta años aproximadamente que en ese momento estaba examinando un reloj de bolsillo con una bonita cadena trenzada en oro. Sujetaba en la mano una extraña lupa a través de la que parecía mirar el minúsculo mecanismo. El hombre, pomposamente vestido, llevaba una ridícula peluca que yo solo había visto una vez en mi vida en la cabeza del corregidor de Guadix, don Rafael Aynat. Levantó la vista del instrumento al advertir nuestra presencia y lanzó a mi hermana una mirada picarona cargada de lascivia. Nos preguntó qué se nos ofrecía, es decir, se lo preguntó a ella, pues creo que mi presencia se disolvió en las brumas de su lujuria, embebido como estaba en sus encantos. Mi hermana debió percatarse de su gesto morboso y se ruborizó. Le preguntó con timidez cómo podíamos llegar al cuartel. El relojero dejó el trabajo que tuviera entre manos y salió a la calle para atendernos, sin apartar los ojos de Pipa. No entendí muy bien lo que ocurrió, tan solo oí cómo el tipo insistía en acompañarla hasta el lugar y a mi hermana rehusar su propuesta con gesto de desagrado. El hombre sacó un napoleón de oro del bolsillo de su recargado chaleco de brocado, se acercó a ella y, susurrando algo a su oído, le ofreció la moneda. A Pipa le brotó en aquel momento su carácter indómito; de un manotazo hizo que la moneda cayera al suelo y después escupió sobre la misma. El relojero, sintiéndolo-

se rechazado, enrojeció de ira y comenzó a llamar a los gendarmes dando gritos. Estos no tardaron en apresar a mi hermana a pesar de que ambos intentamos huir. Ella me susurró que me escondiera en uno de los puestos del mercado, asegurando que, una vez que todo se hubiera resuelto iría a buscarme. Corrí hasta la carreta de unos panaderos y me oculté entre los sacos de harina. Vi con pesar cómo los gendarmes se la llevaban y la impotencia y la desazón se apoderaron de mí. Lloré un buen rato sin atreverme a hacer mucho ruido. Finalmente, debí quedarme dormido, porque cuando desperté era media tarde y lo primero que vi fue la cara de los panaderos mirándome abrumados.

Nunca hubiera pensado que los ángeles pudieran tener el aspecto de las dos personas que, aquella tarde, me encontraron en su carreta: un gigantón robusto con mandil y gorro blancos, mofletudo, sonrosado, espolvoreado de harina; y su esposa: una mujer bajita y rolliza con unos ojos azules enormes. Lo cierto es que la bondad del matrimonio Rouger, seguramente, superaba con creces la de cualquiera de los seres alados de la corte celestial, como pude comprobar más tarde. Los tres quedamos mudos de asombro; yo, al advertir que no me hallaba en el mercado y ellos, al encontrar a un chiquillo tan harapiento y escuálido dormido en su carreta.

—¿Qué haces aquí, chico? —preguntó *monsieur* Rouger.

Sin saber qué decir, me eché a llorar desconsoladamente y, entre hipidos, conseguí preguntarles dónde estaba mi hermana, con mi rudimentario francés, aprendido de la

gente del campamento durante el tiempo de la retirada. Ambos se miraron desconcertados y por fin el hombre respondió con otra interrogación.

—¿Tu hermana? ¿Qué hermana, quién es tu hermana?

—Vine con mi hermana y su marido, un militar francés. Unos guardias la apresaron en el mercado de Béziers. Ella dijo que corriera para escapar de los gendarmes que la detuvieron y me escondí en este carro... —les conté entre sollozos—. Mi cuñado, el sargento Calmel, estará en el hospital, herido de una bala, si es que no se ha muerto ya.

Seguían mirándome con cara de pasmo hasta que la señora, tras un gesto reflexivo, dijo:

—Espera un momento... ahora que recuerdo, es cierto que se armó un gran revuelo esta mañana en la plaza, cerca del establecimiento de relojes de *monsieur* Ballart. Vi cómo unos gendarmes se llevaban a una joven. Pensé que la chica, tal vez, hubiera intentado robar en la relojería...

—¡No señora, Pipa nunca haría tal cosa! Nos acercamos hasta allí para preguntar por dónde se iba al cuartel en el que seguramente estará mi cuñado Jean. Ese relojero debió molestar a mi hermana, pues le ofreció una moneda de oro, ella la tiró al suelo y escupió sobre la misma.

Los panaderos se miraron y tras una pausa, la mujer opinó:

—¡Ese viejo verde de Ballart no cambiará nunca! No me extraña que tan pocas mujeres se atrevan a entrar solas a su tienda...

—¿Es que ha intentado algo contigo, querida? —preguntó el marido apretando los dientes.

—¿Conmigo? Oh, no, no se atrevería... pero sí con la joven Suzette, la lechera. Ella misma me dijo una vez que prefiere que su padre se ocupe de llevarle la leche a Ballart, ya que un día le pellizó el trasero, el muy bribón...

—¿Cómo te llamas muchachito? ¿De dónde vienes?  
—volvió a preguntar *monsieur* Rouger.

—Me llamo Torcuato —dije tímidamente. Ante la expresión de extrañeza de mis benefactores, me acordé de los consejos de mi cuñado Jean, cuando me decía que Torcuato era un nombre desconocido en su tierra, y que si alguien me preguntaba por mi nombre al llegar, era mejor utilizar el tercero, Antonio, ya que resultaba más familiar a los franceses, entonces rectifiqué—: Me llamo Antonio y vengo de Guadix, en el reino de España.

—Oh, ¿dónde están tus padres?

—Mis padres están en el cielo, con Dios.

Ellos me miraban apenados al escuchar mis respuestas que, debieron entender, pues hablaban la lengua de los naturales del sur, el occitano, más aproximado al español. Después de un largo paréntesis, *monsieur* Rouger y su esposa conversaron apartados, en voz baja, hasta que finalmente la mujer se pronunció:

—Vamos Antoine, entremos a casa. Pasarás la noche aquí en Gabian y mañana, ya pensaremos con más calma en tu destino.

Cuando entramos en la panadería, la visión de las hogazas de pan sobre las tablas, listas para ser introducidas con la pala en la boca del horno, casi me hizo desvanecer. El aroma de la panadería me envolvió y mis tripas

rugieron por el hambre. *Monsieur* Rouger me señaló un taburete para sentarme, tomó una hogaza de pan y puso en mis manos una rebanada. Su gesto me emocionó tanto que las lágrimas me brotaron. ¿Cuánto tiempo hacía que no comía de un pan tan bueno, con una miga tan blanca y tierna? No lograba recordarlo. Mientras ellos seguían faenando con total naturalidad, yo me saciaba de aquel manjar divino que, como por ensalmo, se me había regalado. Todavía me pregunto por qué Guilhem y Catherine, pues esos eran los nombres de pila del panadero y su esposa, me abrieron las puertas de su casa sin desconfianzas ni reparos. Yo era todavía un niño, es verdad, pero ellos realmente no sabían nada de mi vida y confiaron en mí desde el primer momento. Los Rouger no tenían hijos; pienso que esta circunstancia favoreció mi acogida, durante todos los años que viví en su hogar. Debían tener, aproximadamente, la edad de mis padres. Catherine habría pasado ya la etapa fértil de las mujeres. Siempre recordaré su buen humor y fortaleza de ánimo. Aquella noche, llenó una tina de agua templada, me metió en ella y frotó mi cuerpo con un paño y jabón, sin descuidar aquellas partes que yo cubría con pudor. Así estuve sumergido en el agua como un garbanzo en remojo durante un buen rato, hasta que me ordenó que saliera y me cubrió con una toalla. Después me vistió una camisa de algodón de *monsieur* Rouger que me llegaba más abajo de las rodillas, me peinó y me acompañó a la única habitación reservada a los invitados, la que a partir de entonces fue mi habitación. Preparó un buen cuenco de

leche caliente y un bollo con fruta escarchada e hizo que los apurara antes de dormir. Aquella misma noche, Catherine lavó mi ropa y la tendió, al día siguiente ya estaba limpia y remendada. Me tendí en aquel colchón de lana mullida, sobre aquellas sábanas blancas perfumadas de esencia de lavanda. Por unas horas, sentí que me desprendía de mis pesares como me había desprendido en el agua del baño de la suciedad y el polvo que traía adheridos a la piel. Cuando Catherine, al día siguiente, me llamó para el almuerzo no podía creer que ya fuera más de medio día.

Durante el tiempo que viví en casa de los Rouger, sentí algo muy parecido a la paz; un estado que supera con creces al de la felicidad, ese sentimiento de bienestar que con el paso de los años perdura en el tiempo; esa sensación de sentirse tranquilo y a salvo, forjado con las mimbres de la experiencia y la madurez; esa fortaleza que construimos en nuestro interior, basada en la reconciliación con uno mismo y con el prójimo. Sin embargo, durante los primeros días de mi llegada a Gabian, los horrores de la guerra vividos durante la retirada a Francia y la incertidumbre acerca del paradero de mi hermana, me causaban gran desasosiego. A veces me despertaba abruptamente en medio del sueño, empapado en sudor o gritando. A pesar de los cuidados que me prodigaban Guilhem y Catherine, las duras vivencias experimentadas en el último año terminaron por aflorar. Los Rouger eran conscientes de esta circunstancia; sabían que tarde o temprano tendrían que acompañarme a Béziers y hacer las pesquisas necesarias para buscar a mi hermana.

Una semana después, por fin, sentados a la mesa, tratamos el tema. El viernes se celebraba de nuevo mercado, como todos los viernes. *Monsieur Rouger* tenía que atender unos encargos de pan y comprar harina de centeno y trigo sarraceno para el pan. Propuso hacer él solo algunas indagaciones; pero, viendo disconformidad en mi expresión, finalmente acordamos ir los tres. Catherine se sumó con la excusa de comprar tela para confeccionarme alguna ropa.

Al día siguiente, salimos muy temprano en la carreta, tirada por una mula parda joven llamada *Parroqueta*. Los panaderos iban sobre el pescante, mientras que yo estaba cómodamente sentado entre dos sacos. El viaje a Béziers, a cinco leguas de camino, me resultó apenas un paseo. El día estaba espléndido y la belleza y verdor del campo levantaban el ánimo. Los viñedos que bordeaban el camino se alternaban con extensiones boscosas pobladas de robles, salpicadas de elegantes grupos de pino marítimo. Los sarmientos, en hileras perfectas, alzaban sus brazos alegres cargados de pámpanos y racimos fructificando. A lo lejos, las casitas de piedra en medio de ellos, despedían por las chimeneas bocanadas de humo. La jornada comenzaba y, con ella, los fogones se ponían en marcha.

Ya próximos a la villa, vimos aparecer el castillo de Ribaute, una magnífica fortaleza destacando sobre la colina. Podía contemplarse con la plenitud del día, esclarecida por la luz del sol en todos sus costados, haciéndola aparecer majestuosa.